



# Información, guerra y terrorismo

*Douglas Kellner*

El 11 de septiembre. Medios de comunicación y fiebre de guerra

*Mirla Villadiego Prins*

Comunicación masiva y terrorismo. Elementos para el debate y la investigación

*Francisco Sierra Caballero*

Guerra informacional y sociedad-red. La potencia inmaterial de los ejércitos

*Miquel Rodrigo Alsina*

El periodismo bélico o la guerra al periodismo

El 11 de septiembre

# Medios de comunicación y fiebre de guerra\*\*



Ilustraciones de Andrés Borja

El 11 de septiembre de 2001, un grupo terrorista tomó el mando de un avión de *American Airlines* que viajaba de Boston a Los Ángeles y lo estrelló contra el *World Trade Center* en la ciudad de Nueva York; acto seguido, un segundo avión secuestrado hizo colisión deliberadamente contra otra torre del WTC en cuestión de minutos. Durante la misma hora, una tercera aeronave fue obligada a chocar contra El Pentágono, mientras que un cuarto avión secuestrado, posiblemente destinado a hacer impacto contra la Casa Blanca, cayó en Pensilvania, quizás derrumbado por sus propios pasajeros quienes habían escuchado de los atentados terroristas anteriores e intentaron evitar otra calamidad.

.....  
\* Profesor Social Sciences and Comparative Education, UCLA Graduate School of Education & Information Studies. Dirección electrónica: [kellner@ucla.edu](mailto:kellner@ucla.edu)

\*\* Traducción de Emma Cristina Montaña R., Coordinadora del Área de Traducción, Departamento de Lenguas de la Pontificia Universidad Javeriana. Dirección electrónica: [emma.montana@javeriana.edu.co](mailto:emma.montana@javeriana.edu.co)

El mundo se quedó paralizado al ver las imágenes de video de los edificios del *World Trade Center* explotando y liberando una gran nube de escombros mientras que algunos trabajadores heroicos, que se esforzaban por rescatar los cuerpos sin vida, eran a su vez víctimas del derrumbe imprevisible de las Torres o de la inestabilidad de los escombros. Las Torres del *World Trade Center*, las más grandes de Nueva York y símbolo poderoso del capitalismo mundial, se habían derrumbado; El Pentágono, de mítico diseño y configuración, y símbolo imponente del poderío militar estadounidense, también estaba seriamente averiado. Los terroristas celebraron su victoria sobre el coloso norteamericano y el mundo se paralizó durante varios días con el espectáculo presentado por los medios titulado "Ataque a Norteamérica", sin poder dejar de pensar en los efectos, ahora muy temidos, del terrorismo.

A ello le siguió un espectáculo de medios de comunicación del más alto nivel. Durante varios días, la televisión norteamericana suspendió la transmisión de propaganda y programas de entretenimiento y se dedicó exclusivamente a los hechos trascendentales del 11 de septiembre. En el siguiente análisis, quiero mostrar cómo las imágenes y los discursos de las cadenas de televisión norteamericanas enmarcaron los atentados terroristas de manera tal que provocaron una histeria de guerra pero no lograron dar una explicación coherente de lo que pasó, de por qué sucedió, y de cuál podría considerarse una respuesta responsable. Mediante un análisis de los discursos, las escenas y las imágenes más importantes transmitidas por los medios y sobre las cuales se basó el debate público de los días posteriores a los ataques terroristas del 11 de septiembre, me pro-

pongo mostrar cómo los principales medios de comunicación de los Estados Unidos privilegiaron el modelo de "conflicto entre civilizaciones", establecieron un dualismo binario entre el terrorismo islámico y la civilización, y difundieron ampliamente una fiebre de guerra, un sentimiento y un discurso que exigían tomar represalias y apoyaban alguna forma de intervención militar. Mi argumento es que ese militarismo unidimensional podría empeorar la crisis actual en lugar de ofrecer soluciones al problema del terrorismo mundial. En consecuencia, y a pesar de que en una democracia los medios deberían promover el debate crítico de los temas urgentes para la nación, en esta crisis del terror los principales medios de comunicación estadounidenses, en particular la televisión, promovieron una fiebre de guerra y una solución militar al problema del terrorismo mundial<sup>1</sup>.

El día de los ataques terroristas al *World Trade Center* y El Pentágono, las cadenas de televisión presentaron a varios intelectuales estatales expertos en seguridad nacional, que oscilaban entre la derecha y la extrema derecha, con el propósito de explicar los hechos horribles del 11 de septiembre. El Canal Fox presentó a la ex embajadora de la ONU y apologista de la administración Reagan, Jeane Kirkpatrick, que presentó una versión simplificada del conflicto entre civilizaciones de Huntington, afirmando que estábamos en guerra con el islam y que debíamos defender a occidente. Kirkpatrick fue la intelectual más desacreditada de su generación; legitimó las alianzas de la administración Reagan con fascistas y terroristas al considerarlas necesarias para vencer al totalitarismo soviético. Su línea, propagandística de la década de los años 80, se basaba en una distinción entre fascismo y totalitarismo comunista, según la cual las alianzas con organizaciones o estados terroristas autoritarios o de derecha eran defendibles ya que estos regímenes estaban abiertos a los esfuerzos de reforma o, como había sucedido históricamente, se debilitaban y desaparecían. Al totalitarismo soviético, por el contrario, había que oponerse con resolución puesto que ningún régimen comunista se había derrumbado ni había sido derrocado, y el comunismo era

.....  
 1 Este estudio hace parte de un trabajo más extenso, actualmente en curso, titulado "September 11, Terror War, and Blowback" ["11 de septiembre. Guerra del Terror y Represalia"] que será actualizado regularmente y que estará disponible en mi página web <http://www.gseis.ucla.edu/faculty/kellner/kellner.html>. Esta sección del texto se le debe a estudiantes de mi seminario de Estudios Culturales de la UCLA y a Richard Kahn quien desarrolló un sitio en la red en donde los alumnos publicaron material relacionado con los hechos del 11 de septiembre y la guerra afgana; ver: <http://www.gseis.ucla.edu/faculty/kellner/ed270/index.html>

un enemigo rebelde y peligroso contra el cual se debía luchar hasta la muerte, valiéndose de cualquier medio. Evidentemente, la Unión Soviética se derrumbó a comienzos de los años 90 junto con su imperio; aunque Kirkpatrick estaba totalmente desacreditada, se le otorgó una cátedra en Georgetown y se le permitió continuar divulgando sus ideas descabelladas.

En la tarde del 11 de septiembre, Ariel Sharon, líder israelí implicado personalmente en crímenes de guerra en Sabra y Shatila, en Líbano en 1982, apareció en televisión para expresar su pesar y sus condolencias, y para garantizar el apoyo de Israel en la guerra contra el terrorismo. Sharon hizo un llamado a conformar una coalición contra las redes terroristas, la cual marcaría un contraste entre el mundo civilizado y el terrorismo, que representa la lucha entre el bien y el mal, la "humanidad" y los "sedientos de sangre", "el mundo libre" y "las fuerzas de la oscuridad", que tratan de destruir nuestra "libertad" y "estilo de vida."

Curiosamente, la Administración Bush hizo suyas las mismas metáforas cuando el propio Presidente habló de atacar al "demonio" de los terroristas, usando esa palabra cinco veces en su primera declaración sobre los ataques del 11 de septiembre, y presentando repetidamente el conflicto como una guerra entre el bien y el mal en la que EE.UU. iba a "erradicar el mal del mundo", a "hacer salir de sus guaridas y a perseguir [...] a los malhechores, a esos bárbaros". La administración Bush, semánticamente insensible y disléxica, también usó metáforas de vaqueros al decir que se busca a Osama Bin Laden "vivo o muerto", y describió la campaña como una "cruzada", término que usó hasta cuando le aconsejaron no hacerlo más, puesto que la palabra tiene una carga histórica ofensiva, debida a las antiguas guerras entre cristianos y musulmanes. Por su parte, El Pentágono le dio inicialmente el nombre de "Operación Justicia Infinita" a la guerra contra el terrorismo, hasta que alguien les advirtió que solo Dios puede administrar "justicia infinita", y que los ciudadanos estadounidenses y otros podrían empezar a preocuparse por una guerra que se extienda al infinito.



Al hablar de los objetivos de la guerra, era preocupante que Bush nunca mencionara la palabra "democracia"; el nuevo nombre de la campaña se cambió por el de "Operación Libertad Perdurable." El *mantra* de la administración Bush fue entonces que la guerra contra el terrorismo se hace por "la libertad." Pero todos sabemos, gracias a la historia de la teoría política y a la historia en general, que la libertad debe ir de la mano con la igualdad o con otros conceptos como la justicia, los derechos o la democracia, para que haya una teoría política adecuada y una legitimación de la acción política. Como veremos más adelante, es precisamente el desprecio por la democracia y la autonomía lo que ha caracterizado la política externa norteamericana en el Medio Oriente durante las últimas décadas, razón primordial por la cual los grupos e individuos de esa zona odian con vehemencia a los Estados Unidos.

En su discurso frente al Congreso, el 20 de septiembre, en el que le declaró la guerra al te-

rorismo, Bush describió el conflicto como una guerra entre la libertad y el temor, entre “quienes están dominados por el miedo” y “quieren destruir nuestra riqueza y nuestra libertad”, y aquellos que están del lado de la libertad. La implicación: “se está con nosotros o contra nosotros”; luego Bush le hizo una serie de exigencias no negociables a los *talibanes* mientras el Congreso lo aplaudía desafortadamente. La popularidad de Bush aumentó frente a un país con sed de venganza, que reclamaba la cabeza de Osama Bin Laden. Es más, al proclamar lo que su administración y los comentaristas describieron como “la doctrina Bush”, el presidente estadounidense también afirmó que su gobierno consideraba responsables a aquellas naciones que apoyaban el terrorismo, una posición que podría alimentar y legitimar la intervención militar durante los próximos años.

Lo que no se observó es que los discursos dominantes de derecha y de la administración Bush, al igual que los de Bin Laden y los islamitas radicales, son fundamentalmente maniqueístas y plantean una oposición binaria entre el bien y el mal, nosotros y ellos, la civilización y la barbarie. Ambas partes asumen que “nosotros” somos los buenos y que “los otros” son los malos, afirmación que hizo Bush en su convicción incesante de que “los malhechores” que hacen “malas obras” serán castigados y que “el malo” será sometido a la justicia, equiparando implícitamente a Bin Laden con Satanás.

Tal retórica hiperbólica es un ejemplo destacable de la jerga de Bush, quien se comunica en clave con públicos específicos, en este caso los grupos nacionales cristianos de derecha que son el tema preferido de su discurso. Pero los términos demoníacos —usados por Bush para referirse a Bin Laden— elevan su estatus en el mundo árabe al de un superhéroe que se enfrenta a Occidente, y encolerizan a quienes consideran que ese discurso es insultante. Más aún, el problema con el discurso del “mal” es que es totalitario y absolutista, y no permite ninguna ambigüedad ni contradicción. Asume una lógica binaria donde “nosotros” somos las fuerzas del bien y “ellos” son

las fuerzas de la oscuridad. También es cosmológico y apocalíptico, y evoca una guerra catastrófica con implicaciones cósmicas. Desde esta perspectiva, el mal no puede ser atacado por partes, por etapas, sino que debe ser derrotado totalmente, erradicado de la tierra si el bien ha de reinar. Este discurso del mal aumenta los riesgos y la violencia del conflicto y nutre una política más apocalíptica y catastrófica, alimentando así ciclos futuros de odio, violencia y guerra.



**Bush describió el conflicto como una guerra entre la libertad y el temor, entre “quienes están dominados por el miedo” y “quieren destruir nuestra riqueza y nuestra libertad”, y aquellos que están del lado de la libertad.**

Además, los dualismos de la jerga de Bush del miedo y la libertad, la barbarie y la civilización, y otros por el estilo, difícilmente se sostienen al hacer un análisis empírico y teórico del momento contemporáneo. De hecho, hay mucho miedo y pobreza en “nuestro” mundo y mucha riqueza, libertad y seguridad en los mundos árabe e islámico, por lo menos para las elites privilegiadas. Sin duda, la libertad, el miedo y la riqueza están distribuidas en ambos mundos; por lo tanto, polarizar estas categorías y hacer de ellas los principios que legitiman una guerra es altamente irresponsable. Asociarse con el “bien” y considerar al enemigo como el “mal” es otro ejercicio de reduccionismo binario y de proyección de todas las características de la agresión y la maldad en el “otro” mientras que uno se constituye en lo bueno y puro.

Obviamente son los fundamentalistas islámicos, teocráticos, quienes usan un discurso binario simplista, similar, para legitimar los actos terroristas. Para algunos fundamentalistas islámicos maniqueístas, EE.UU. representa el mal, fuente de todos los problemas del mundo, y merece ser destruido. Ese pensamiento unidimensional no hace distinción alguna entre las políticas, el pueblo y las instituciones norteamericanas, y defiende a la vez la *yihad*, o guerra santa,

contra el demonio norteamericano. Los actos terroristas del 11 de septiembre parecían ser parte de esa *yihad* y la monstruosidad del asesinato de civiles inocentes, muestra las consecuencias horrendas de deshumanizar totalmente a un “enemigo”, considerado tan malo que incluso miembros inocentes del grupo en cuestión merecen ser exterminados.

## Medios, histeria y patriotismo

Muchos comentaristas de la televisión estadounidense dieron explicaciones igualmente unilaterales y maniqueístas de los hechos ocurridos el 11 de septiembre, señalando a sus oponentes favoritos en el espectro político norteamericano actual como la fuente de los ataques terroristas. Para el ideólogo cristiano fundamentalista Jerry Falwell, quien tuvo el apoyo verbal del presidente del Canal de Difusión Cristiana, Pat Robertson, la responsabilidad de este “horror que va más allá de las palabras” recayó sobre los liberales, las feministas, los homosexuales y la ACLU (American Civil Liberties Union). Jerry Falwell lo sostuvo y Pat Robertson estuvo de acuerdo: “A los abortistas les cabe algo de responsabilidad porque de Dios nadie se burla. Si destruimos a 40 millones de bebés inocentes, hacemos que Dios se enfade. Realmente creo que los paganos, los abortistas, las feministas, los homosexuales y las lesbianas que están tratando activamente de crear un estilo de vida alternativo, la ACLU, el grupo de Partidarios del Estilo Norteamericano —todos aquellos que han tratado de secularizar a Estados Unidos— a todos ellos los señalo con el dedo en su cara y les digo: Ustedes ayudaron a que esto pasara”. De hecho, los críticos de Falwell dijeron que este argumento es similar a la pretensión islámica de derecha de que EE.UU. es un país fundamentalmente corrupto y malo y que por lo tanto se merece la ira de Dios, y obligaron al fanático fundamentalista a disculparse.

Para algunos derechistas, como Gary Aldrich, “Presidente y Fundador” del Patrick Henry

Center, los liberales eran los equivocados: “Perdónenme si me excluyo del fraternal abrazo político nacional del momento. Verán. Yo creo que los liberales son, en gran medida, responsables de lo que sucedió el martes, y espero que Dios los perdone. Ellos viven en un mundo que ha ido más allá de las reglas normales de la decencia y la civilidad”. Otros, como Rush Limbaugh, sostuvieron permanentemente que todo era culpa de Bill Clinton; por su parte, el gerente del robo de las elecciones, James Baker (ver Kellner 2001), culpó de la catástrofe al informe presentado por la Iglesia en 1976 que le impuso límites a la CIA<sup>2</sup>.

El cuanto al problema de “qué hacer”, la columnista de derecha Ann Coulter declaró: “Sabemos quiénes son los maníacos homicidas. Son los que están alegres y celebrando en este momento. Deberíamos invadir sus países, matar a sus líderes y convertirlos al Cristianismo”<sup>3</sup>. Mientras Bush declaraba una “cruzada” contra el terrorismo y El Pentágono organizaba la “Operación Justicia Infinita”, el secretario adjunto de Defensa, de la administración Bush y Secretario de Defensa, Paul Wolfowitz, dijo que la retaliación del gobierno sería “constante, amplia y eficaz” y que Estados Unidos “usará todos sus recursos. No se trata simplemente de capturar a unas cuantas personas y hacerlas responsables, sino de desaparecer los santuarios, eliminar los sistemas de apoyo y acabar con los Estados que patrocinan el terrorismo”.

.....

2 En el editorial del *Wall Street Journal* del 5 de octubre de 2001, Rush Limbaugh escribió: “Al Sr. Clinton se le puede considerar culpable de no haber hecho lo suficiente, cuando era comandante en jefe, para combatir a los terroristas que terminaron atacando el *World Trade Center* y El Pentágono”. Poco después, Limbaugh confesó que estaba casi totalmente sordo y que había estado inventando diálogos en su programa de radio durante todo el año. Para más información sobre los intentos derechistas de responsabilizar a Clinton de los ataques terroristas, ver el artículo de John F. Harris “Los Conservadores suenan acusadores: Es culpa de Clinton”, publicado en *The Washington Post*, el 7 de octubre de 2001: A15.

3 Poco después de éste y otros arranques de emotividad, Coulter fue despedida del *National Review* al reaccionar violentamente frente al esfuerzo de los editores por bajarle el tono a su retórica, lo que ayudó a darle un estatus de mártir ante los talibanes estadounidenses. Posteriormente, Coulter manifestó en un discurso que el talibán norteamericano John Walker Lindh debería ser ejecutado para que los liberales y los de izquierda entendieran el mensaje de que ¡pueden morir si se pasan de la raya!



Esa histeria de una guerra por todos los medios estaba a la orden del día y a lo largo del 11 de septiembre, y sus caballos de batalla ideológicos posteriores, como William Bennett, salieron a exigir que EE.UU. le declarara la guerra a Irak, Irán, Siria, Libia, y a cualquier otro país que albergara terroristas. En la Cadena de Televisión Canadiense, el secretario adjunto de Defensa, de la administración Reagan, y comentarista militar, Frank Gaffney, señaló que EE.UU. debía perseguir también a los patrocinadores de estos Estados, como China y Rusia, lo que causó asombro y burla en el público canadiense. Los comentaristas de la derecha en la radio y a través de Internet hicieron correr el rumor de bombas nucleares sobre Afganistán, del exterminio de todos los musulmanes, y de cualquier otra fantasía que se les ocurriera en su mente trastornada.

Mi argumento es que las transmisiones por televisión permitieron que algunos fanáticos peligrosos, y posiblemente trastornados, expresaran públicamente e hicieran circular las opiniones más agresivas, fanáticas y claramente demenciales, creando un consenso sobre la necesidad de una acción militar inmediata y una guerra por todos los medios. Las propias cadenas de televisión usaban titulares tales como “Guerra en Norteamérica”, “la nueva guerra de Norteamérica” y otras fórmulas alarmistas, que asumían que EE.UU. estaba en guerra y que la única reacción apropiada era una respuesta militar. Vi pocas personas con cabeza fría en las principales cadenas de televisión, muchas tocaban tambores de guerra, día tras día, sin dejar siquiera el alivio de los comerciales durante tres días continuos, conduciendo al país a la histeria y asegurando que habría respuesta militar y guerra.

La radio era aun más aterradora. No era sorprendente escuchar cómo las transmisiones radiales promovían el odio y la histeria, clamaban violencia contra los árabes y los musulmanes, y exigían una retaliación nuclear y una guerra mundial. A medida que pasaban los días, los principales noticieros radiales se volvieron hiperdramáticos, se llenaron de música y amor patriótico, y estaban saturados de propaganda de guerra e histeria de

terrorismo. La Radio Pública Nacional, Pacífica y algunos programas de discusión intentaron hacer un debate racional, pero en términos generales la radio era solo propaganda, todo el tiempo.

No cabe duda de la profunda emoción y el horror con que la nación experimentó el primer ataque serio de sus enemigos al territorio estadounidense. La constante invocación de analogías con “Pearl Harbor” inevitablemente suscitó la necesidad de responder la agresión y prepararse para la guerra. El atentado al *World Trade Center* y la ciudad de Nueva York evocó imágenes de ataque al corazón mismo del país, mientras que el choque del avión contra El Pentágono representó una violación al sistema de defensa de la nación que mostró la vulnerabilidad de EE.UU., antes desconocida, al ataque externo y al terrorismo.

Durante algunos años, las empresas de televisión han contratado un número cada vez mayor de “consultores especialistas” para explicarle a la opinión pública los hechos más complejos de la nación. Los consultores militares que fueron contratados por las cadenas tenían estrechas relaciones con El Pentágono y normalmente expresaban su punto de vista según el giro del día; actuaban más como canales de propaganda militar que como analistas independientes. Algunos comentaristas y congresistas, como John McCain (R. Arz.), Henry Kissinger, James Baker, Jeane Kirkpatrick y otros defensores veteranos del complejo militar-industrial, describieron los ataques como un “acto de guerra” el mismo día en que sucedieron y durante los días siguientes. Para los expertos de línea dura, los ataques terroristas exigían una respuesta militar inmediata y la expansión dramática del ejército norteamericano. Muchos de ellos, como Kissinger y Baker, eran antiguos funcionarios del gobierno que están amarrados actualmente a las industrias de la defensa para garantizar que su experticia se pague con grandes ganancias para esas mismas industrias a las que pertenecieron. De hecho, la familia Bush, James Baker y otros defensores de la respuesta militar a gran escala tienen nexos con el Fondo Carlyle, el mayor inversionista en las industrias militares del mundo. Por consiguiente, estos de-



Las transmisiones radiales promovían el odio y la histeria, clamaban violencia contra los árabes y los musulmanes, y exigían una retaliación nuclear y una guerra mundial.

fensores de la guerra se beneficiarían enormemente de una actividad militar sostenida, una vergüenza rara vez mencionada en la televisión o en los principales diarios, pero ampliamente discutida en los medios alternativos de comunicación y en Internet<sup>4</sup>.

Los presentadores de televisión también mostraron el hecho como un ataque militar: Peter Jennings, de la ABC, declaró: “la respuesta tendrá que ser masiva si se quiere que sea efectiva”. La NBC —propiedad de la General Electric, la corporación militar más grande de Estados Unidos— promovió como siempre la acción militar y en sus programas de entrevista participaron muchos expertos que insistían consistentemente en una retaliación militar inmediata. Para ayudar a generar y mantener el deseo generalizado del público de una intervención militar, las cadenas de televisión dieron muestras detalladas, una tras otra, del daño causado a las víctimas del bombardeo, manteniendo sus cámaras enfocadas a “ras de piso” para documentar el daño, la destrucción y el drama de descubrir cuerpos sin vida, y elaboraron sus reportajes, uno tras otro, sobre la maldad de Bin Laden y los terroristas de Al Qaeda que habían cometido las atrocidades.

Para continuar con la sensación de drama y urgencia, y para asegurarse de que los espectadores mantuvieran su atención en la historia y en sus canales, todas las cadenas de noticias por cable colocaron “crawlers” (infocinta) en la parte inferior de la pantalla que repetían incesantemente boletines de las últimas noticias resaltando el ataque terrorista y sus consecuencias. De hecho, fue destacable la rapidez con que los medios enmarcaron el suceso, lo construyeron como si estuviera sucediendo en el momento, y crearon imágenes y gráficos innovadores e impactantes para captar la atención del espectador. El mismo

11 de septiembre, la CNN elaboró una presentación gráfica a cuatro niveles cuyo título, NOTICIAS DE ÚLTIMA HORA, aparecía de manera intermitente en letras mayúsculas en la parte superior de la pantalla, seguido de una gráfica que describía el ATAQUE A NORTEAMÉRICA, o la fórmula que se estuviera usando para reconstruir el hecho. Luego, un título describía lo que se estaba mostrando en el momento con las imágenes que pasaban rápidamente por la pantalla, y por último había “crawlers” (infocinta) que hacían avanzar el texto de los titulares en la parte inferior. En una destacable presentación del discurso pronunciado el 11 de septiembre por el primer ministro israelí, Ariel Sharon, por ejemplo, las imágenes estaban divididas entre la imagen de Sharon en Tel Aviv, el lugar de la explosión en el *World Trade Center*, los gráficos que resumían las palabras del líder israelí y los titulares que avanzaban en la parte inferior de la pantalla. Mientras que la administración Bush obviamente no tenía idea de lo que estaba sucediendo en EE.UU, el avión presidencial de Bush volaba desesperadamente por todo el país y el vicepresidente Dick Cheney era conducido a las montañas para esconderse allí, los canales de televisión tenían el control absoluto de la información, con marcos, discursos y explicaciones de los hechos más recientes. Fue un logro enorme de la capacidad de producción visual instantánea, de alta tecnología, de las cadenas de TV, aunque cabría cuestionarse la inteligencia de las interpretaciones o el apoyo fervoroso a la respuesta militar sin oposición.

.....

4 La conexión Bush-Baker-Carlyle fue documentada en muchos diarios británicos, *The New York Times* y otras fuentes recogidas en [www.bushwatch.com](http://www.bushwatch.com) y la lista Red Rock Eater de Phil Agre que se encuentra publicada en <http://dlis.gseis.ucla.edu/people/pagre/rre.html>. Ver también Melanie Warner, “The Big Guys Work for the Carlyle Group” [*Los grandes trabajan para el Grupo Carlyle*], *Fortune*, marzo 18, 2002.



## Vamos a la guerra: la información como propaganda

Los medios de comunicación estadounidenses continuaron avivando la fiebre de guerra y hubo una orgía de patriotismo que el país no había visto desde la Segunda Guerra Mundial. Los titulares de los recuadros pasaron de “Ataque a Norteamérica” a “América contraataca” y “la nueva guerra de Norteamérica” —incluso antes de que se emprendiera cualquier acción militar, como si los titulares debieran conjurar la respuesta militar que seguiría eventualmente. Como ya se indicó, el primer día de los ataques y durante las semanas siguientes, las cadenas de TV continuaron tocando tambores de guerra y los portavoces del complejo militar-industrial continuaron pidiendo a gritos la acción militar, sin reflexionar seria y profundamente en sus consecuencias visibles en los canales de televisión. Hubo, por el contrario, una discusión inteligente en Internet, que mostraba el peligro de que las empresas de los medios se apoderaran de las transmisiones y se beneficiaran de la guerra y la agitación.

La bandera se volvió un icono dominante en los logotipos y gráficos de los noticieros de televisión, así como un poderoso dispositivo de publicidad para un gran número de productos. Los programas de entretenimiento sazonaron sus espacios con banderas, mientras que algunas series regulares como *The West Wing* y *Law and Order* metieron en sus programas banderas diseñadas por computador para ayudar a captar la atención del televidente y difundir el nuevo patriotismo. Se multiplicaron en número infinito las banderas en los anuncios publicitarios de automóviles, refrescos y otros productos. A medida que el patriotismo arrasaba el país, los anunciantes se pusieron a tono con las propagandas de la General Motors, «Que Norteamérica siga rodando», y las de Ford: “Ford mueve a Norteamérica”. La bandera y el tradicional rojo, blanco y azul se convirtieron en una mina de oro para los diseñadores de páginas web puesto que las compañías norteamericanas más importantes inmediatamente rediseñaron sus sitios web, para reflejar el nuevo patriotismo; entre ellas se encuentran desde Pepsi



Co hasta Proctor & Gamble, Microsoft, Dell, Gap y Ask Jeeves, cuyos sitios web aparecieron en rojo, blanco y azul brillantes.

El regreso a la normalidad lo señaló el retorno a la publicidad y a los programas y shows nocturnos de entretenimiento, después de varios días de noticias todo el tiempo. No era exactamente un momento de orgullo para la televisión estadounidense. El presentador de la CBS, Dan Rather, en una de las actuaciones más vergonzosas de su vida frente a los medios, dijo entre sollozos en el show de David Letterman: “George W. Bush es mi Presidente” y sostuvo que haría lo que él le dijera, un desplome patético de quien una vez fuera un periodista crítico y respetado. Las cadenas Fox y NBC continuaron haciendo

propaganda incondicional de cualquier línea de pensamiento de la administración Bush. Igualmente, la CNN se volvió altamente propagandística, otro desplome sorprendente de una respetable organización informativa que se convirtió en vehículo de la ideología conservadora.

Este comportamiento de las cadenas de televisión estadounidenses fue verdaderamente atroz, en un momento que debió caracterizarse por un debate nacional profundo, sobre la respuesta apropiada a la amenaza terrorista, como el que se estaba dando a diario en Internet y en algunos de los medios y la prensa extranjera. La implacable histeria de guerra en las cadenas de televisión y el fracaso absoluto para producir algo cercano a un análisis coherente de lo que ocurrió el 11 de septiembre y la respuesta razonable a los ataques terroristas, puso en evidencia las consecuencias aterradoras de permitirle a las grandes empresas de los medios contratar equipos de noticias ideoló-

**El regreso a la normalidad lo señaló el retorno a la publicidad y a los programas y shows nocturnos de entretenimiento, después de varios días de noticias todo el tiempo.**

gicamente dóciles, que no tienen ninguna competencia para tratar hechos políticos complejos y que permiten la circulación de las opiniones más irresponsables. En la televisión vi muy pocas —por no decir que ninguna— presentaciones inteligentes de la complejidad de los antecedentes históricos norteamericanos en el Medio Oriente, ni descripciones de los orígenes de Bin Laden y su red, en las que se discutiera la complicidad de EE.UU. en el entrenamiento, financiación, provisión de armas y apoyo a los grupos que se convirtieron en terroristas islámicos fundamentalistas. Tampoco vi informe alguno que profundizara en las relaciones norteamericanas con los *talibanes*, el multifacético papel de los Estados Unidos en Afganistán o las complicaciones políticas del Medio Oriente, que hacen que una reacción militar continua sea sumamente peligrosa y eventualmente catastrófica. Esa infor-

mación alternativa circulaba entre los medios, incluyendo los principales diarios, pero rara vez llegó a la televisión estadounidense que, a estas alturas y en nuestra crisis actual, surge como una fuente de información y comprensión de los hechos completamente irresponsable.

Muchos ciudadanos estadounidenses se quedaron genuinamente perplejos ante la magnitud del odio en el mundo árabe por EE.UU. y era fácil suponer que los medios impresos publicarían artículos, simposios y discusiones sobre “¿Por qué nos odian?”. La respuesta de la administración Bush fue que era precisamente lo mejor de EE.UU. lo que producía miedo y odio: nuestra libertad, nuestra riqueza y nuestra sociedad abierta. Los críticos de la política externa de EE.UU., a quienes rara vez se les permitió hablar en televisión, sostenían que era lo peor de EE.UU. lo que motivaba ese odio: su política exterior agresiva, su apoyo a dictadores corruptos en el mundo árabe así como en Israel, y su estatus general de superpotencia. De hecho —y un análisis tan complejo jamás se vio en la televisión— fue una mezcla contradictoria de lo mejor y lo peor de EE.UU. la que generó el odio hacia este país en el mundo árabe. Bin Laden y sus agentes repetían con frecuencia la letanía de los agravios de la política estadounidense a los árabes. No obstante, también es verdad que los islámicos radicales odian seriamente la cultura y la modernidad norteamericana, en particular aquellos rasgos que causan fascinación en todo el mundo, como la cultura del consumidor norteamericano, el estilo y la moda, los medios y las comunicaciones, la tecnología, los estilos de vida abiertos y la sexualidad. Igualmente, las enormes diferencias entre tener y no tener, entre la riqueza norteamericana y la pobreza mundial, generan resentimiento. Probablemente las superpotencias siempre serán parcialmente amadas y parcialmente rechazadas, pero en una era de globalización, la supremacía de EE.UU. en la economía mundial, la política, la cultura, los medios y la tecnología, genera una mezcla poderosa de atracción y repulsión, de amor y odio, que se expresa de diferentes maneras.

La televisión norteamericana generó, entonces, una comprensión excepcionalmente pobre del contexto histórico del terrorismo y la guerra, estaba aterradoramente a favor de una fiebre de guerra, generó una histeria incalculable, y desempeñó una función de anti-ilustración. Sin embargo, a través de Internet se pudo obtener gran cantidad de información, de análisis convincentes, de contextualizaciones históricas y una variedad de opiniones y debates inteligentes. Las encuestas indicaban que durante este periodo de intensa crisis y terror, la audiencia estadounidense tendía a recurrir a la televisión en busca de claridades, lo que podría considerarse un error garrafal. Rara vez la televisión ha funcionado tan pobremente en una época de crisis como en ésta, creando más efervescencia que dando orientación, generando más ruido, furia y espectáculo que facilitando la comprensión de los hechos, y mostrando más lealtad descarada y grotesca a la administración Bush que un debate verdaderamente democrático sobre las opciones que el país y el mundo tenían en la confrontación con el terrorismo.

Esta situación llama una vez más la atención sobre la principal contradicción de la época actual en lo que respecta a la información y el conocimiento. Por un lado, EE.UU. tiene a su disposición el más sorprendente despliegue de información, opiniones, debate y fuentes de conocimiento de cualquier sociedad en la historia, con su profusión de periodismo escrito, libros, artículos y fuentes de Internet, que contrasta con la pobreza de información y opinión en televisión. Esto es un verdadero escándalo y una contradicción en la construcción de conciencia y cultura política contemporáneas. Por lo tanto, aunque la televisión cumplió ampliamente una función de propaganda, espectáculo y creación de histeria colectiva, cercana a un lavado de cerebro, afortunadamente hay una gran cantidad de análisis e interpretaciones informadas, disponible en los medios impresos y en Internet, así como

.....

5 Para un análisis histórico y una contextualización de los ataques terroristas véase Kellner, Douglas, <http://www.gseis.ucla.edu/faculty/kellner/kellner.html>

un archivo considerable de libros y artículos sobre la complejidad de la política externa estadounidense y la historia del Medio Oriente<sup>5</sup>.

## Bibliografía

Harris, John F., "Los Conservadores suenan acusadores: Es culpa de Clinton", en *The Washington Post*, 7 de octubre de 2001, A15. <http://dlis.gseis.ucla.edu/people/pagre/rre.html>

Kellner, Douglas, "September 11, Terror War, and Blowback" ["11 de septiembre. Guerra del Terror y Represalias"], en <http://www.gseis.ucla.edu/faculty/kellner/kellner.html>

Limbaugh, Rush, editorial del *Wall Street Journal*, 5 de octubre de 2001.

Warner, Melanie, "The Big Guys Work for the Carlyle Group" [*Los grandes trabajan para el Grupo Carlyle*], en *Fortune*, marzo 18, 2002).

